

Bibliografía

LUIS MICHELENA. *Estudio sobre las fuentes del diccionario de Azkue* 1970. Publicaciones del Centro de Estudios Históricos de Vizcaya (Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País).

En 1964, al conmemorarse el I Centenario del nacimiento de Azkue, la villa de Lequeitio convocó un concurso de estudios monográficos sobre las principales facetas de la obra del gran lequeitiano. Como es obvio, «Azkue, lexicógrafo» era uno de los temas que no podía faltar. El premio correspondiente a dicho tema lo obtuvo D. Luis Michelena.

El trabajo que entonces presentó, más o menos refundido y con aditamentos posteriores, es el que ahora ve la luz pública con el título de «Estudio sobre las fuentes del Diccionario de Azkue». Consta de cuatro capítulos. El primero y segundo versan directamente sobre la obra lexicográfica de Azkue. O sea, tratan de valorar dicha obra. En estos dos capítulos se mide la grandeza de la empresa llevada a cabo por Azkue al publicar el Diccionario Vasco-Español-Francés (1905). Se pondera el espíritu crítico con que Azkue realizó su labor, y se sientan las bases para una revisión asimismo crítica de dicho diccionario. A nadie puede sorprender, en efecto, que una obra de tal magnitud y dificultad, la primera de este tipo que se realizaba entre nosotros, y llevada a cabo hace más de sesenta años, tenga también sus fallos y lagunas. El más cumplido homenaje que se puede tributar a Azkue consistirá, sin duda, en actualizar su obra, revisándola y poniéndola al día; y Michelena en estos capítulos adelanta de algún modo los caminos por los que deberá discurrir el nuevo Diccionario revisado.

El capítulo tercero, que es con mucho el más largo del presente Estudio, versa sobre el célebre *Suplemento* que figura en las páginas finales del Diccionario Trilingüe del P. Larramendi. En dicho Suplemento se hallan muchas voces que constituyen un verdadero enigma para los lexicógrafos vascos, y no precisamente porque se trate de invenciones o creaciones *ex nihilo* del jesuita andoaindarra. A diferencia del cuerpo del diccionario, donde efectivamente Larramendi dio suelta a su facultad inventiva, en este breve Suplemento, que consta de solas ocho páginas, recoge por lo general palabras tomadas de fuentes escritas: dos de estas fuentes son además confesadas explícitamente («Refranes y Sentencias» publicado en 1596 en Pamplona, y el «Gero» de Axular; y otra, no confesada, que es el Diccionario, entonces iné-

dito, de Landucci, escrito en 1562). El autor del presente Estudio va, pues, estudiando una por una las palabras de este Suplemento, tratando de asignar a cada una de ellas la fuente documental de donde Larramendi la ha tomado, objetivo que ha podido lograr cumplidamente las más de las veces ¹.

En el capítulo quinto y último se publican los Suplementos que el carmelita P. Araquistain remitió al P. Larramendi y que en el siglo pasado fueron editados por el P. Fita; pero por errores de lectura, interpretación etc. había en esta edición no pocos gazapos. Michelena, que ha podido compulsar el original manuscrito, nos da una edición críticamente restituida

Nuestro autor, que por encargo de la Academia de la Lengua Vasca lleva largos años trabajando sobre el Diccionario de Azkue y prepara una edición remozada y actualizada del mismo, es sin duda quien mejor conoce los secretos, vericuetos y meandros de esta gran obra. El reconoce paladinamente lo titánico de la empresa llevada a cabo por Azkue casi en su juventud (mejor, en los comienzos de su madurez: Azkue apenas pasaba de los cuarenta cuando dio cima a su diccionario). Además es preciso tener en cuenta que para realizar su tarea se vio solo y sin precedentes. Tenía que empezar *ab ovo* y hacerlo él todo. La obra anterior, la de Larramendi, le era inservible, porque estaba comprobado que en ella metió el autor muchas palabras que no vivían en ninguna parte; y Azkue la arrinconó sin piedad, aunque algunos engendros larramendianos se le colaron por vía indirecta.

El diccionario de Azkue es, pues, crítico. Fiscaliza toda palabra antes de darle entrada. Las palabras están documentadas, dando cuenta del área de extensión o zona dialectal en que se emplean y de los testimonios orales o literarios que las avalan. Michelena piensa que la edición revisada de su diccionario deberá seguir por este mismo camino. Será un diccionario que nos dé la dimensión geográfica y la profundidad temporal (1,17). La crítica aplicada por Azkue habrá que aplicarla también a su obra, ya que también a él se le deslizaron errores, y hoy poseemos instrumentos con los que él no contaba (2,11).

Si en todas las actividades científicas la crítica es necesaria, ella es más necesaria, si cabe, en esta actividad lexicográfica, dice Michelena (1,10). Y no será fácil hallar una tradición léxica más abigarrada y enmarañada que la nuestra, por causa sobre todo de aquel gran enredador, que fue el P. Larramendi (1,9; 1,7).

¹ A decir verdad, Michelena no se limita sólo a determinar la fuente documental de la voz, sino que juzga también si el sentido dado por Larramendi a la misma es el verdadero o legítimo.

BIBLIOGRAFÍA

De todos modos, aun en una nueva versión, el futuro Diccionario seguirá siendo en lo esencial la misma obra de Azkue (2,14).

Como en materia lexicográfica es corriente que los compiladores de léxico se copien unos a otros, con muy buen acuerdo Michelena ha tratado de buscar siempre las fuentes. Sabidas éstas, los lexicógrafos posteriores que son meros repetidores, pueden ser clasificados como *codex descriptus* y arrinconados. Ni el alegar su testimonio en favor de una palabra confiere a ésta un ápice más de autoridad, pues dicho testimonio no es más que un eco o repetición de la fuente primera, que en realidad es la única válida. Siguiendo este criterio arrincona Michelena a Vulcanius, Hervás etc. (1,11).

Viniendo ya al punto de dilucidar cuáles son las verdaderas palabras vascas para distinguirlas de las palabras fantasmas o *iratxos*, se echa de ver que el número de estos últimos que han proliferado en el campo de la lexicografía vasca, es considerable. Se ha llegado a crear una situación de confusionismo y de perplejidad, pues no siempre se podía discernir fácilmente el grano de la paja. Por poner un ejemplo, la situación creada en el campo vasco vino a ser un tanto similar a la que debió de darse en la Iglesia primitiva cuando a los verdaderos evangelios se agregaron los apócrifos. Llegó un momento en que se hizo necesaria la labor de deslinde y de clarificación. Esta labor la hizo en nuestro caso el gran Azkue, pero fuerza es confesar que no siempre y en todos los casos acertó, y aún a veces fue él mismo creador y propagador involuntario de *iratxos*, por lo cual también a su obra convenía aplicar la crítica, cuya necesidad él tan certeramente comprendió. Piénsese en los casos de *arnari*, *guda*, *margo*, *oldoztu* etc. Y no menos importantes que los pecados de comisión son los de omisión, es decir, las voces legítimas a las que denegó un puesto en su diccionario.

En efecto, por esta misma exigencia de crítica rigurosa, Azkue fijó unos límites excesivamente estrechos, una puerta sumamente angosta por lo que a la aceptación de neologismos y préstamos se refiere. Respecto a estos últimos, en particular, se impuso el siguiente criterio: no aceptar una palabra de origen erdérico sino cuando en el fondo indígena no existe otro equivalente de dicha voz. Con este criterio, voces tan arraigadas en el léxico vasco como *fede*, *kolore* o *fru(i)tu* han quedado fuera del diccionario de Azkue; y otras, como *kantatu*, *errege*, etc., figuran en él, pero tocadas con uno o dos sambenitos (signos de interrogación).

El antedicho criterio, empero, no resulta válido, y reposa, como dice Michelena, sobre una concepción ingenua de lo que son las lenguas y de lo que es el Universo (1,20). Supone, en efecto, que el Universo consta de un número bien fijo y circunscrito de seres, realidades e ideas, y que los límites entre estas realidades son algo objetivo, inmutable e idénticamente percibido por todos. Cada lengua ha dado a cada cosa un nombre distinto, y enton-

ces cambiar de lengua no es más que sustituir una etiqueta por otra. Sin embargo, las cosas no son así. Cada lengua acota el Universo un poco a su manera. El castellano distingue entre *río* y *ría*, entre *cuchillo* y *cuchilla*, el vasco no; en cambio, éste distingue muerte en sentido activo y muerte en sentido pasivo, distingue entre hermana de varón y hermana de mujer, etc. Juzgar si una palabra es necesaria o superflua a la lengua tomando como referencia los equivalentes castellanos, es someter el vasco a moldes extraños, y se hace esto en el momento mismo en que se pretende velar por la pureza de esta lengua.

En realidad, como dice Michelena (1,19), es propio cuanto el uso ha apropiado. Resulta paradójico negar la condición de vasca a una palabra que los vascos vienen usando desde hace siglos, y concedérsela en cambio a neologismos recién creados (esto último tampoco lo hace Azkue, quien también cerró la puerta a los neologismos, aunque involuntariamente se le colaran algunos).

Refiriéndose a estas palabras de origen erdérico, tan asendereadas y maltratadas por nuestros lexicógrafos y escritores contemporáneos, Michelena introduce una distinción muy feliz entre lo que él llama el envoltorio o la corteza, y la sustancia (1,20). Efectivamente, sucede con frecuencia que aunque el envoltorio o la corteza de la palabra sea de origen erdérico, su sustancia o contenido es vasco. Así, por ejemplo, la palabra *patxara* será de origen erdérico (*fachada*), pero su contenido, la sustancia, es totalmente vasca, y hasta intraducible. Dígase lo mismo de *alproja*. O de la voz que el mismo Michelena aduce: *Bertsolari*: aunque venga del castellano (*verso*), expresa una realidad tan vasca, que los mismos castellanos se ven precisados a recurrir a dicha palabra.

Ya Lhande en su diccionario vasco-francés de 1926 comprendió que en este punto de préstamos debía abrir la puerta más que lo hizo Azkue, y sin duda, la nueva edición revisada lo hará también. En todo caso, la postura de Azkue en este punto es muy comprensible, y aún hoy nadie se puede jactar de resolver esta dificultad de una manera enteramente satisfactoria, pues la línea entre lo que llamamos léxico enteramente vasco y el extraño es vacilante (1,21). Además, no se puede olvidar que el vasco ha estado históricamente en una situación de dependencia dentro de uno o varios bloques lingüísticos y que no ha sido medio de expresión total de una comunidad, al menos al nivel de sus minorías más desarrolladas culturalmente; todo lo cual tiene profundas consecuencias.

BIBLIOGRAFÍA

Severo Altube es autor de un discurso o conferencia sobre lexicografía vasca pronunciado en el II Congreso de Estudios Vascos, que se celebró en Guernica en 1922². Aunque en él no se nombra a Azkue ni a su diccionario, se ve que éstos están constantemente presentes en el espíritu del conferenciante. No se puede hacer una obra aceptable (*ganorazkorik*) de lexicografía —dice Altube—, sin conceder la debida importancia al área de extensión y grado de arraigo que tiene una palabra en la lengua. Poner en el mismo plano o medir por el mismo rasero a palabras de escaso arraigo, frecuencia o extensión, y a las que tienen vida pujante; o pretender suplantar las palabras de gran arraigo por otras de escaso, es un camino a todas luces equivocado. Ciertamente veía Altube que el diccionario de Azkue daba pie a estos confusionismos por esta prevención con que se miraba en él a las palabras de origen erdérico. Una palabra supuesta indígena, aunque de escaso arraigo, era llamada a desbancar a otra de máximo arraigo, si es que ésta era reputada de origen erdérico. Entre los muchos buenos, éste ha sido uno de los efectos desfavorables del diccionario de Azkue, muy perceptible en obras de la literatura vasca contemporánea. El ejemplo más típico sea tal vez la Biblia traducida por el P. Olabide. El propio Azkue solía afirmar que Olabide conocía su diccionario mejor que él mismo. Esta obra está plagada de palabras procedentes del diccionario de Azkue, palabras que tal vez sean o hayan sido reales alguna vez en alguna parte, pero que en todo caso son enigmáticas y desconocidas casi de todos, mientras, por el contrario, otras familiares y frecuentísimas de todos los vascos brillan por su ausencia, y la razón es siempre el consabido origen erdérico de éstas. Esta orientación es consecuencia directa del antes citado criterio que Azkue entronizó en punto a préstamos. Así *arnari* (que él suponía real, pero es un *iratxo*, y que aun en caso de que fuera real sería de un área insignificante) tiene más entidad para Azkue que el arraigadísimo *fru(i)tu*.

Michelena pone también en cuarentena (1,18) la preferencia dada por Azkue a la lengua hablada sobre la lengua escrita. Es un principio que a Azkue parece inconcuso, pero que está lejos de serlo. Aunque los límites entre ambas lenguas son siempre imprecisos y difíciles de determinar, es claro que la lengua literaria en todas partes se basa en una tradición literaria, o sea, escrita. Su primer fundamento o cimiento son los autores, especialmente los reconocidos como clásicos, o sea, los que hacen autoridad. Pero hay que decir también que en la práctica, o de hecho, Azkue no dejó de reconocer la importancia de la lengua escrita. Su diccionario está lleno de alegaciones de autores. También en este aspecto realizó una obra titánica, al efectuar el «despojo» de los escritores de la lengua en proporciones realmente

2 Un resumen o comentario del mismo publicamos en "Euskera" 1963-64, 301 ss.

notables, y que parecen exceder la capacidad de una sola persona. Nada tiene de particular, por otra parte, que en la interpretación de estos pasajes haya a veces fallos e inexactitudes.

Refiriéndonos ya a algunos puntos concretos, debemos hacer notar que entre los léxicos vascos que aún continúan inéditos Michelena ha examinado con detención el Diccionario Cuatrilingüe que fue propiedad de Sbarbi y hoy obra en el fondo Urquijo. Como es sabido, este diccionario se ha pensado más de una vez (y Dodgson así lo defendió) que pudiera ser el que compuso Etcheberri de Sara y que Larramendi conoció. Michelena, tras un examen de ese diccionario, del de Larramendi y del léxico empleado por Etcheberri en sus obras vascongadas, juzga que efectivamente puede ser de Etcheberri, y que respecto al de Larramendi se halla en condición de acreedor (1,16). Esto último es lo que el mismo Larramendi paladinamente confiesa en el pasaje que dedica al diccionario de Etcheberri (Diccionario Trilingüe, Prólogo, parágrafo XIX, p. 36).

Al señalar las fuentes de cada una de las palabras que figuran en el Suplemento del diccionario de Larramendi, respecto a *areago* dice Michelena que no lo encuentra documentado en Axular, aunque sí en otros autores labortanos de su época (vide p. 102). La verdad es que también en Axular se encuentra (Véase en la edición de Juan Flors, números marginales 106, 153 y 368).

Como fuente del núm. 19 *afligir* = *antsiatu*, se da un texto de Axular, donde, en realidad el vocablo es un adjetivo, y además no es idéntico en cuanto a su forma: *antsiatsuago*. Precedido de negación (*ex-antsiatu*), sí que figura en Axular como verbo y en forma idéntica, pero con un sentido bastante alejado del que le atribuye Larramendi (despreocuparse, volverse indiferente).

Varias veces ha repetido Michelena (y lo hace una vez más en este Estudio: 1,2) que en un punto, al menos, *Garoa* es superior a *Kresala*, a saber, en el manejo del léxico vasco; y que esta superioridad se debe a que en el intervalo apareció el diccionario de Azkue. No sé hasta qué punto esta afirmación podrá ser probada. Me ha tocado examinar las ediciones príncipes de ambas obras con objeto de ajustar a ellas en lo esencial las nuevas reimpresiones: en ambas se observa la misma vacilación y anarquía en cuanto a la ortografía de la «z» y de la «s», cosa que no parece debería ocurrir con *Garoa*, de ser cierto lo que afirma Michelena. De todos modos, quede este punto abierto para una exploración más a fondo.

En conclusión, diremos que el presente Estudio sirve para dar una idea de las enormes dificultades que entraña una obra lexicográfica crítica del

BIBLIOGRAFÍA

idioma vasco. Y al mismo tiempo sirve también para figurarnos cómo ha de ser el nuevo diccionario de Azkue, revisado y puesto al día, que todos esperamos ansiosamente y que tantos servicios ha de prestar lo mismo a las letras que a los estudios vascos. Dios quiera que este viejo sueño lo veamos pronto convertido en una bella realidad.

FR. LUIS VILLASANTE

